CAMBIO Y VARIACIÓN SEMÁNTICA EN EL ESPAÑOL DE LA ARGENTINA ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX

ELENA M. ROJAS MAYER
CONICET - Universidad Nacional de Tucumán

INTRODUCCIÓN

Desde los comienzos de la Lingüística, el cambio ha sido uno de los aspectos que más ha llamado la atención de los estudiosos del lenguaje, quienes adoptaron diversos puntos de vista para su tratamiento.

Los desgastes fonéticos y semánticos suelen ser imperceptibles en los primeros tiempos de su aparición; pero si comparamos textos producidos cien años atrás con otros similares del presente, sin duda comprobaremos variaciones más o menos significativas, que muchas veces llegan a dificultar el establecimiento de la relación signo-objeto, ya que con frecuencia demarcan una fisonomía lingüística diferente en cada época.

De los cambios posibles, el más evidente y de fácil reconocimiento —aún en documentos escritos— es seguramente el fonético, que puede advertirse gracias a las alteraciones ortográficas que llevan algunas formas. Sin embargo, quizá sea el semántico, que en ciertas ocasiones lo acompaña, el más trascendente en el proceso de la comunicación.

1. EL FACTOR SOCIOCULTURAL

En el presente trabajo, nos interesará tener en cuenta el cambio en relación al contexto sociohistórico que lo determina,[1] para lo cual partimos del principio

1. Véase J. J. GUMPERZ, «Foreword Sociocultural Dimension of Language Change», *Sociocultural Dimensions of Language Change*, New York, Academic Press, p. 7, donde dice: «Although the

de que es imposible considerar ninguna forma lingüística de manera aislada, tanto de su cotexto como de su contexto.[2]

Por consiguiente, los términos que seleccionamos se encuentran siempre en textos que —en conjunto— adecuan su realización a una determinada circunstancia, a un determinado contexto que aparece como condicionante; puesto que nadie desconoce que quienes interactúan en una situación comunicativa en el presente no se comportan lingüísticamente del mismo modo en que lo hicieron otros hombres un siglo atrás.

Al respecto sabemos que cada sujeto hace uso de un léxico seleccionado por él, pero que le pertenece en comunidad con la sociedad en la que actúa. De aquí que la opción por una u otra forma lingüística —a pesar de que en última instancia dependa del hablante y de que intervengan en él factores emocionales propios, que muchas veces inciden en la desviación semántica— está regida, en realidad, por la relación entre el locutor y el interlocutor, dentro del marco de las pautas gramaticales y socioculturales del grupo humano en el que se encuentran ubicados.

En el Prefacio de *Sociocultural dimensions of language change*, de G. J. Gumperz, leemos:

> Changes of form may often involve differences in comunication, though a particular change in form may be linguistically minimal. What is significant is the interpretation given to the change, and that significance must be described in sociocultural.[3]

Lo cual quiere decir que todo acto de habla está en gran parte condicionado por el contexto sociocultural en que se produce, no sólo en cuanto al cambio en sí, sino a la interpretación semántica de los hablantes a través del tiempo.[4]

En el período que consideramos en esta oportunidad (fines del siglo XIX) en la Argentina, observamos que la población se ha incrementado fundamentalmente y que se está ante una notable aceleración de transformaciones en el aspecto social y en el económico, lo que trae como consecuencia el cambio lingüístico.[5]

---

study of language evolution has a long history, only in recent years has there been a serious attempt in linguistc anthropology to explore the topic. The study of language change as adaptations to sociohistorical pressures has been neglected, except for Dell Hymes» (1961, p. 55).

2. Utilizamos el término *cotexto* para referirnos al entorno lingüístico que acompañan al elemento que nos interesa, en el momento en que se enuncia. Con *contextos* nos referimos al entorno extralngüístico que determina el enunciado.

3. *Cfr. op. cit.* ed. G. Blonnt y M. Sanchez, p. X.

4. Observa T. A. VAN DIJK, *La ciencia del texto*, Madrid, Paidós, 1983, p. 34, que «Los enunciados lingüísticos tienen un determinado significado en tanto que, debido a un acuerdo (convención), los hablantes de una comunidad lingüística les *asignan* un significado».

5. Véase M. B. FONTANELLA DE WEINBERG, *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística (1580-1980)*, Buenos Aires, Hachette, 1987, pp. 131-164; C. PÁEZ DE LA TORRE, *Historia*

2. Los periódicos argentinos como fuente de información

La observación de las posibilidades del cambio semántico se realizó en base a la información obtenida de periódicos y algunos documentos adicionales correspondientes a los últimos ciento treinta años (1858-1988), específicamente de la capital del país —Buenos Aires— y de una provincia del Norte —Tucumán—, por considerar a ambos centros propicios para una investigación de este tipo, por la distancia geográfica existente entre ellos y su desarrollo sociocultural a fines del siglo XIX.[6]

Es interesante advertir, comparando los periódicos de ambos siglos, que se produce un raigal cambio no sólo en la terminología que se emplea, sino en el tipo de información que se ofrece y en el modo de presentarla, lo que da como resultado textos estilísticamente muy diferentes.

Por ejemplo, nadie podría suponer que el texto que transcribimos a continuación pertenezca a nuestros días, ni por su tópico, ni por su manera de presentación, ni por varios términos que se utilizan en él:

> Contestación a un suelto»
>
> Nuestro apreciable colega *La Razón* trae en su número del martes (II del presente) un suelto titulado «Insultos personales» por un S. y M. *Las necedades y sandeces* se alumbran con su propia luz y caen por su propio peso. Para saber si un individuo *tiene los cinco* o no, basta hacerlo hablar, con que así, transcribimos íntegro el susodicho suelto: «El órgano de la Sociedad Sarmiento que se llama El Porvenir... que se llama...» Pero es claro que ha de tener un nombre señor *Sandio*; todos los objetos, todas las cosas, todos los seres animales y no animales, los entes y los no entes lo tienen ¡oh fenómeno! Vd. carece de él a jugar por sus iniciales S. y M. Será el apellido de su *tata* y la conjunción y que lo une a él de su *mama*, pero... y el de *Pila*? No es bautizado por lo visto... (*El Porvenir*, 17 de setiembre de 1882.)

3. Las posibilidades del cambio semántico

Como anticipamos en el presente trabajo observamos textos cuyo estilo ha variado fundamentalmente respecto de su interpretación en el siglo pasado, y registramos la desaparición total o la sustitución —por nuevos términos— de

---

de Tucumán, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987. Cap. XXV en adelante y E. Rojas, *Evolución histórica del español en Tucumán*, Tucumán, Universidad Nacional, 1985, pp. 307-314.

6. Los periódicos consultados fueron: de Buenos Aires: diarios *La Nación* y *La Prensa*, entre 1880 y 1900 y de 1980 en adelante; de Tucumán: *El eco del Norte* (1858-1861); *La Razón* (1872-1887); *El Porvenir* (1882-1883); *El Orden* (1885-1905); *Tucumán Literario* (1887-1896); *El Argentino* (1878).

voces que han ido perdiendo vigencia en determinadas situaciones, así como la variación de significado de muchas formas que —no obstante su perduración en el léxico hispanoamericano— han cambiado su ubicación diastrática o diafásica en el devenir diacrónico.

Es decir que el cambio puede ser total o parcial según los casos, si bien preferimos utilizar el término «cambio» cuando se produce la sustitución de un elemento por otro, o la supresión de algún término ya sea del habla diaria o de ésta y el diccionario, lo que se debe generalmente a la desaparición previa del referente hacia el que señala. Mientras que la transferencia de significado de un signo a otro, el desplazamiento a otro nivel sociocultural u a otro estilo de lengua, depende —en la mayoría de los casos— de factores sociales y pragmáticos interesantes de tener en cuenta, lo que podría llamarse «variación».

El primer caso que consideramos, por consiguiente, es el de las formas que aparecen en los textos del siglo XIX, pero que actualmente ha perdido vigencia en nuestra habla diaria,[7] no obstante ocupar un lugar en los diccionarios.

El segundo caso es el de las formas cuya significante, utilizado en determinado significado en el siglo pasado, continúa teniendo vigencia en nuestros días, si bien no con el mismo significado o variedad de significados. Es decir que se ha producido un vaciamiento o transferencia semántica a otro signo.

El tercer caso corresponde a formas cuyo significante y significado perduran en la actualidad, aparentemente de la misma manera en que se usaban en la centuria anterior, pero con validez de uso en un nivel sociocultural diferente o en circunstancias distintas. Podría hablarse de «restricción», «ennoblecimiento» o «degradación» del significado.[8]

Del primer grupo encontramos, por ejemplo, nombres de elementos que han desaparecido en nuestros días al progreso tecnológico. Algunos de ellos son nombres en inglés, cuya fonética y ortografía han cambiado de un siglo al otro, como *tranvía*,[9] por ejemplo.

> El furor por los *tranways* se ha apoderado de los hombres de *pesos*. (*La Prensa*, 3 de marzo de 1870, p. 2).
>
> En este momento llegó el *tranway* y los que lo esperaban... (*El Porvenir*, 7 de setiembre de 1883, p. 97).

Entre los medios de transporte, que han dejado de prestar servicio en distintos momentos del período que atendemos, tenemos ejemplos como los siguientes:

7. Entre ellas tendremos en cuenta no sólo las de origen hispánico, sino también indigenismos y extranjerismos de distintos orígenes.

8. Véase al respecto T. LEWANDOSKI, *Diccionario de Lingüística*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 43-44.

9. Si bien los galicismos incorporados son numerosos, no nos referimos a ellos porque conservan —en la mayoría de los casos— la misma forma que en el siglo pasado.

Por la *diligencia* han llegado de Salta algunos jóvenes destinados al Colegio de San Miguel... (*El Eco del Norte*, 6 de mayo de 1860, Año V, n.º 302, p.3).

Los *coches de plaza* deben respetar algunas ordenanzas que muchos cocheros parecen desconocer... (*La Razón*, 7 de mayo de 1887, p.4).

En cuanto a la ropa de vestir, accesorios y telas de confección, encontramos términos diferentes en la descripción de los atuendos de antes y de ahora, los que indica que han desaparecido las voces que correspondían a elementos también fuera de uso, sustituidos en el siglo XX por otros modernos.

En una descripción periodística sobre el traje de fiesta de los jóvenes se dice:

Pantalón y *levita* de color azul oscuro, chaleco y corbata de seda negra, *kepf*[10] con palmas bordadas de seda celeste y blanca... (*El Liberal*, 22 de enero de 1885, Año V, n.º 313, p. 2, 3.ª y 4.ª columna)

Sus finísimos chales de tul *enchapados* y sus pañuelos de *red* y de *espumilla*. (*Tucumán Literario*, 4 de agosto de 1894, p. 40).

Se habla igualmente de «un *fichús* de seda» (*El Orden*, 6 de noviembre de 1884), o de *granadina* (*El Orden*, 7 de julio de 1887).

Respecto de construcciones de la ciudad de Tucumán, dice el diario a través de un aviso publicitario:

Obreros: Dejad el *conventillo*[11] y comprad un lote en La Floresta o en cualquier otro paraje sano... (*La Prensa*, «Remate de 200 lotes de V.S. Lobato y Cía., 13 de noviembre de 1902, p.9).

En algunos casos no desaparece el referente, pero el término ha perdido vigencia, como ocurrió con *botica*:

Boticas hay tres, una de ellas sostenida por la Municipalidad... (*Tucumán Literario*, 7 de junio de 1894, p. 24).

La Iglesia Catedral recibe el nombre de «matriz», utilizado actualmente en otras partes de América, pero no en el habla argentina diaria ni en el lenguaje periodístico:

10. Se trataba de un pequeño gorro con visera. Los chales *enchapados*, «con pequeños adornos de metal»; *fichús*, «pañoleta liviana»; *granadina*, «tela de tejido liviano»; *red*, «tul» y *espumilla*, «especie de gasa».

11. Véase J. R. Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1977, p. 189, donde dice: «Los conventillos surgieron por primera vez en la ciudad en la década de 1850 cuando las casas de patio, ya deterioradas, ubicadas al sur de Plaza de Mayo se convirtieron en viviendas colectivas».

En la misma acera de la *Matriz* se levanta la casa de... (*El Orden*, 6 de febrero de 1888, p. 25).

En cuanto a la organización urbana de San Miguel de Tucumán, observamos el uso de *boulevard* por «barrio», denominación que se pierde en esta ciudad, aunque perdura en otras como Rosario de Sta. Fe. Dice un periódico hablando del recorrido del tranvía:

... por Muñecas y Buenos Aires continuará hasta el *boulevard* sur..., por Congreso y Laprida, bajará hasta *boulevard* norte... (*Tucumán Literario*, 4 de diciembre de 1894, p. 13).

Entre formas varias de este tipo, podemos citar el término «reales», como unidad monetaria, que desaparece al mismo tiempo que la moneda. Por ejemplo, leemos:

Suscripción, por mes, de 4 *reales*. (En el encabezamiento de todos los números de la revista *El Porvenir* aparece esta frase).

Otras formas desaparecidas, esta vez por pérdida de costumbres o de categorías, son *mosquetero, bandurrista, dandy, pachanga*:

Me hallaba el 30 (junio) en el café, de *mosquetero* en el juego de la *pachanga*,[12] en que jugaba el gobernador don Wenceslao Posse... (A. A. Talavera, Univ. Nac. de la Plata, *Archivo del coronel doctor Marcos Paz*, XVI, pp. 195-196).

De ahí el derivado de *mosquetería*

El gran patio de la casa era estrecho para la *mosquetería*. (*Tucumán Literario*, julio 3 de 1894, p. 140).

Asimismo, ante la desaparición de la *bandurria*,[13] perdió vigencia el nombre del instrumentista:

...es un célebre *bandurrista* (*El Orden*, 2 de julio de 1885).

Igualmente desapareció el término *dandy* con la pérdida de interés por ese tipo humano, si bien de vez en cuando se recuerda su existencia. Leemos:

12. *Pachanga* era un juego similar a la llamada «payana», que se juega con cinco piedrecillas.
13. Instrumento de cuerdas más pequeño que la guitarra.

Es señal distintiva de nuestro *dandy*, es decir, del *dandy* tucumano, echarla de hombre entendido en sociedad, de hombre que ha recorrido con siete ojos el mundo de cabo a rabo; aunque en realidad no haya alcanzado en toda su vida más allá del Manantial. (*Tucumán Literario*, octubre 7, 1894,p. 103).

Otros anglicismos que perdieron vigencia, cuyo apogeo se debió, seguramente, a la trascendencia política y económica del imperio británico en la época y su idea de grandeza entre los argentinos, son *high-life* y *ruling-class*, entre muchos más:

...las señoritas de *high-life* preferían los vestidos de colores suaves... (*El Porvenir*, 4 de mayo de 1883, p. 2).

Multitud de niñas de todas edades recorrían el paseo siendo la más concurrida la cuadra de la aristocracia, buen tono, o como se acostumbra decir hoy, *high-life*, palabra que se va gastando de tanto nombrarla... (*El Porvenir*, 27 de agosto de 1882, p. 280).

En cuanto a la segunda posibilidad de cambio que observamos, de formas que en determinados casos han transferido su significado a otros signos, podemos afirmar que existen muchísimos ejemplos, de los cuales hemos escogido los siguientes:[14]

Las casas de *negocio* (‹comercio›)[15] que son tan numerosas, principalmente en la calle Bolívar estaban abiertas y bien *alumbradas* («iluminadas»), siendo de notar el gran número de trabajadores que, después de terminar sus *faenas* («tareas») diarias acudían a las *fondas* («bares») que hay en el mercado Norte (*El Porvenir*, febrero 11, 1883, p. 222, 1.º col.).

El cambio en las costumbres vuelve a aparecer como peso decisivo en el cambio lingüístico, aun en este caso que citamos:

...no sabían leer, para que no leyesen los *billetes* (esquelas, papelitos) amorosos que les dirigiesen a los jóvenes. No debían saber escribir para que no los contestasen..., y sin embargo de esto..., ellas recibían sus *billetitos* y los hacían leer y contestar por otros. (*Tucumán Literario*, 4 de marzo de 1986).

En la forma que veremos a continuación no sólo se ha producido el cambio de un significante a otro, sino que la situación en la que se emplea ha dejado de

14. El término por el que se sustituye en la actualidad, se pone entre paréntesis, con comilla simple.

15. Actualmente se dice «casas de comercio» o «negocios».

tener lugar. Estamos ante un «sorteo» para un «lance» entre dos personas importantes en la vida cultural de Tucumán: Posse y Paul Groussac.

> *A la suerte* el primer tiro; los demás por turno. (*El Argentino*, 6 de julio de 1878).

O en avisos publicitarios del s. XIX, leemos reiteradas veces:

> *Ocurrid* a la calle las Heras primera cuadra, que encontraréis gran variedad de cuchillos, cucharas... (*La Razón*, 5 de setiembre de 1885).

> *Ocurrid* al concierto que se ofrecerá en el nuevo teatro que... (*La Nación*, 3 de diciembre de 1882).

Por último, observemos qué ocurre en cuanto a formas que hemos ubicado como correspondientes al tercer caso. Éstas —manteniendo su significante y significado— han variado en relación al nivel sociocultural en que se emplean o al estilo. Por ejemplo, el verbo *principiar*, utilizado actualmente por gente de nivel sociocultural medio o bajo, tenía, en el siglo XIX, el lugar que hoy se da a *iniciar* o *comenzar*:[16]

> Después, pasé a recordar algunos accidentes de la vida colonial, desde la conquista hasta *principiar* el año 1810, memorable en los fastos de la Historia Argentina, por su gran trascendencia. (*El Porvenir*, 11 de febrero de 1883, p. 221).

La voz *chinita*, que se usaba afectuosamente: «mi querida *chinita*», como suele repetir en el siglo XIX un prócer tucumano —Crisóstomo Alvarez— al dirigirse a su novia (entre otros testimonios) pasa a usarse con sentido peyorativo en el siglo XX, en Tucumán.[17]

Muchas son las voces que han perdido, a través de los años, la aceptación que tenían en la comunidad, y que quedaron relegadas al uso sólo en algunos casos determinados. Esto ocurre, por ejemplo, con una palabra como *caballero*, que habiendo ocupado un lugar predominante en las notas periodísticas del siglo pasado y de comienzos del presente, se emplea actualmente en circunstancias vinculadas a la ropa para hombres, en publicidad o en las casas de comercio: «pantalones para *caballeros*», «camisas de buen vestir para *caballeros* elegantes»; o para la señalización de la sección de indumentaria masculina, los

16. Véase A. ZAMBONI, *La etimología*, Madrid, Gredos, 1988, § 3.2.10., donde dice: «El cambio semántico no sólo está vinculado a la mudanza del referente, sino también a la variación sincrónica, es decir, al estilo de la expresión».

17. En la provincia de Córdoba (Argentina), en cambio, se conserva su valor afectivo.

baños para hombres, o en alguna afirmación femenina con el fin de destacar los buenos modales de un representante del sexo opuesto: «es todo un *caballero*», «cada vez hay menos *caballeros*», etc.

Mientras que en el siglo XIX aparece en los periódicos como sinónimo de «hombre», si bien con cierto matiz de respeto:

> El gobernador estuvo reunido más de dos horas con unos *caballeros* que fueron a ofrecerle sus servicios... (*El Orden*, 4 de mayo de 1892, p. 6).

> Era frecuente que los *caballeros* esperaran en el atrio la salida de las niñas de la misa de 11. (*El Porvenir*, 3 de junio de 1883, p. 401).

Un caso interesante es el cambio no únicamente de estilo, sino de ubicación gramatical del término *cholo*, empleado en el siglo pasado por «indígena» en todo el noroeste argentino, y actualmente utilizado en Tucumán como adjetivo, con el significado de «ordinario», «vulgar».[18]

Leemos en periódicos del siglo pasado:

> Es urgente realizar un ceso lo más pronto posible, para saber cuántos españoles, criollos mulatos y *cholos* ocupan estas tierras. (*La Razón*, 4 de julio de 1881, p. 2.)
>
> En el crimen parecía haber participado una *chola* que convivía con el muerto. (*El Orden*, 2 de setiembre de 1884, p. 7.)

CONCLUSIONES

Todo tipo de cambio: sociocultural, económico, político o lingüístico es casi siempre imperceptible de un día a otro. Sin embargo en los distintos casos se advierten las alteraciones del sistema después de transcurrido cierto tiempo.

Por consiguiente, el estudio del discurso periodístico correspondiente a distintas épocas es muy importante, porque permite cotejar los cotextos en los que se inserta cada término, los actos de habla a que dan lugar y el contexto sociocultural de cada uno que —al evolucionar— determina cambios semánticos de distinto tipo, siempre trascendentes en la comunicación.

18. En Salta (Argentina) y en Bolivia, continúa utilizándose con el significado de «indígena», sin que sea peyorativo.